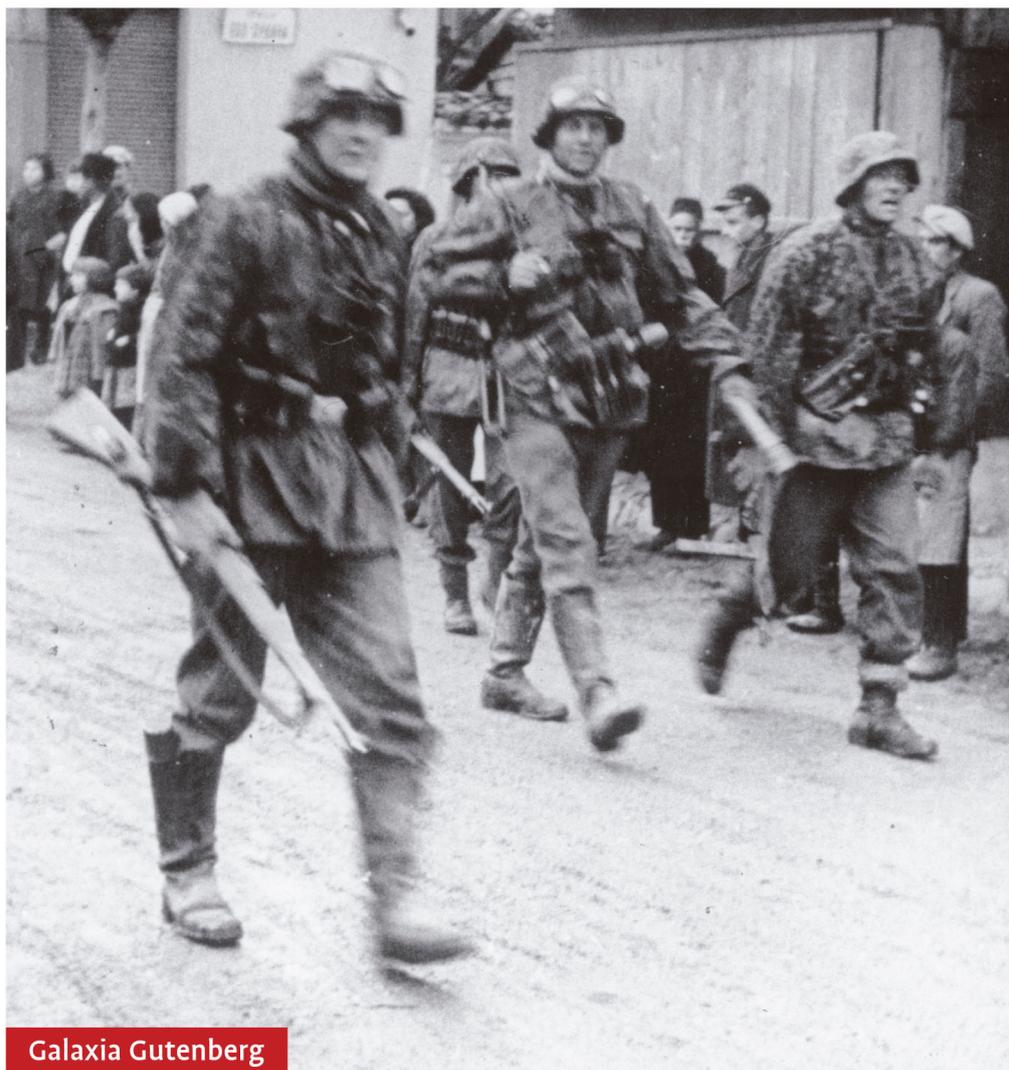




# Theodor Kallifatides

## Campesinos y señores

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano  
y Eva Gamundi Alcaide



THEODOR KALLIFATIDES

# Campesinos y señores

Traducción de  
Carmen Montes Cano  
y Eva Gamundi Alcaide

Galaxia Gutenberg

## SWEDISH ARTSCOUNCIL

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *Bönder och herrar*

Traducción del sueco: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Publicado por

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2024

© Theodor Kallifatides, 1973, 2024

© de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2024

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls

Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona

Depósito legal: B 49-2024

ISBN: 978-84-19738-64-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Markus*

## Prólogo

Llevo varios años queriendo escribir este libro. Pero hasta ahora no he sido capaz. Puesto que esa espera forma parte del libro y vino impuesta por su naturaleza, quisiera dar una explicación: sencillamente, no he tenido el valor de trabajar con este material hasta ahora.

Debía esperar a alcanzar la distancia necesaria para mirarlo con ojos críticos y sin prejuicios. Al mismo tiempo, no podía ser una distancia tan grande que me transformara en un desconocido ante la vida que quiero relatar.

Creo que ahora ha llegado el momento adecuado. Puedo volver la vista atrás sin amargura. He superado la tontería de sentirme orgulloso de ser griego, así como la tontería de avergonzarme de ser griego.

Eso no significa que haya hecho borrón y cuenta nueva con respecto a mi país. Más bien lo contrario. Ahora, y después de haberme despojado de todos los velos posibles, puedo decir que amo a mi país, cosa que siempre quise decir, solo que no podía.

El libro transcurre en un marco histórico concreto. Las personas y los sucesos no son ficticios. Pero me he tomado las libertades que he considerado necesarias para no perjudicar a nadie. El pueblo de Yalós existe. Tanto en Grecia como en otros muchos países. Esa es mi experiencia y justo esa es la experiencia que quiero transmitir.

Entonces, ¿por qué llamarlo «novela»? Bueno, pues lisa y llanamente porque lo que se presenta aquí es mi imagen de la realidad. No la realidad. No puedo tener la pretensión de haberlo conseguido. No más que cualquier otra persona.

Parte I  
YALÓS

## El primer encuentro

22 de junio de 1941. El rumor de que los alemanes iban a venir había reunido a todos los habitantes a la entrada del pueblo. Los niños y los hombres más jóvenes se habían subido al Castaño del Ahorcado para vigilar. Informaban constantemente de lo que observaban. Con cada nube de polvo que se levantaba a lo lejos gritaban: «Ya vienen, ya vienen».

Los mayores recordaban que también ellos gritaron lo mismo en 1926 cuando el general Kondilis restauró la monarquía con un golpe de Estado. En aquel momento contrataron a pregoneros profesionales que iban por las calles de las ciudades y los pueblos anunciando la gran noticia. «Ya viene, ya viene.» O sea, el rey.

Los niños pudieron faltar al colegio y formaban coros que también corrían gritando: «Ya viene, ya viene». Y vino. El rey vino. Pero no se quedó mucho tiempo. En 1941 tuvo que irse otra vez.

Regresó en 1945 y entonces volvieron a gritar: «Ya viene, ya viene», y esta vez se quedó un poco más. Pero en 1968 había vuelto a hacer las maletas. Uno se pregunta qué generación de griegos será la próxima que grite esas palabras.

Los alemanes estaban tardando. El sol brillaba con fuerza y el castaño era la única sombra. Era un árbol de una belleza asombrosa. Viejo, de casi cuatrocientos años, decían, grande y poderoso. Hacían falta tres hombres para abrazar el tronco. Antes lo llamaban el castaño y todos sabían a qué árbol se referían. Pero desde que un pastelero –profesión muy sospechosa

en Grecia— decidió quitarse la vida ahorcándose en él, empezaron a llamarlo el Castaño del Ahorcado.

La profesión de pastelero es sospechosa porque en Yalós, que es como se llama el pueblo, se cree que todos los pasteleros comen muchos dulces. También se cree que si comes muchos dulces, te vuelves homosexual. Hitler tuvo la suerte de que los lugareños no supieran que le encantaban los pasteles. Le habría costado una cantidad considerable de seguidores y admiradores.

La avanzadilla volvió a gritar: «ya vienen, ya vienen», pero resultó que era un burro que tenía comezón y se acercaba revolcándose y levantando nubes por el camino. Cuando el burro llegó, le dieron unas patadas según la costumbre, por haberse atrevido a engañar a los que aguardaban.

El maestro del pueblo iba de un lado para otro con la mirada sombría. Estaba sorprendido de no ser capaz de domar su impaciencia. Pensó en Cavafis, el solitario poeta alejandrino al que inquietaba la posibilidad de que los bárbaros no vinieran nunca, y ¿qué iban a hacer sin los bárbaros?

El maestro sonrió para sí. El alcalde, que se percató de la sonrisa, se acercó y le susurró con voz sedienta: «espero que vengan con unos cuantos traseros alemanes para que podamos mirarlos un poco».

El ejército alemán seguía siendo una atracción. Nadie del pueblo había visto nunca a un alemán. El diputado sí, claro, pero se encontraba en Atenas. Estaba preparando el discurso que pronunciaría ante la nación. Creía que la guerra había terminado; puesto que Grecia había capitulado, ya no tenía sentido que el mundo se opusiera al dominio de Hitler.

Muchos griegos que ocupaban cargos oficiales eran de la misma opinión. En los periódicos atenienses se podían leer los llamamientos de los líderes políticos para que el pueblo griego colaborara con los alemanes. El periódico *Estía*, que todavía existe y que apoya la actual dictadura, publicó: «La guerra ha terminado por lo que a Grecia se refiere. Las potencias del Eje vencerán».

En el mismo sentido se expresaban otros periódicos: *Kathimeriná Nea*, *Kathimeriní*, *Akrópolis*. Los dos últimos siguen existiendo.

El maestro era uno de los pocos que no creía que Hitler fuera a vencer. Ya que esa victoria significaría que toda su vida había sido en vano. Creía en la Verdad, en la Justicia. Las leyes de la historia trabajan por la verdad y la justicia, les decía siempre a sus alumnos.

Esta forma de expresarse tuvo consecuencias fatales para un par de alumnos que llegaron a creer que la historia era algo así como una máquina con motores inmensos y que los humanos eran el combustible.

En una ocasión, uno de estos alumnos llegó al colegio y le contó a todo el que quisiera escuchar que había soñado con esa historia. El resto de los alumnos, sin embargo, había tenido sueños completamente distintos.

Pasaban las horas y los alemanes no aparecían. La gente estaba decepcionada.

—¿Van a venir de una vez los desgraciados esos o no?

Uno se sentía prácticamente engañado, como un amante cuyo amado nunca acude a la cita.

—¡No podemos pasarnos aquí el día entero esperándolos!

Algunos regresaban a sus casas, pero a medio camino volvían. «Quizá vengan ahora. A lo mejor llegan ahora que me he ido.» Los yalitas, como se llaman a sí mismos los lugareños, eran proclives a olerse las conspiraciones tanto de los humanos como del resto de la naturaleza. En concreto, el tiempo es un conspirador notorio. Esta idea no demuestra que los yalitas padecieran manía persecutoria; más bien demuestra que padecían algo parecido al complejo de Hércules. Todos ellos eran tan importantes que tenían una multitud de enemigos visibles e invisibles.

A Lolos el loco, el tonto del pueblo, se le ocurrió la idea de ir corriendo a comprar bebidas frías que le llevaba a la muchedumbre expectante. Las vendía caras y, si alguien le protestaba por el precio, Lolos lo despachaba estupidamente señalándolo-

le que el pueblo estaba muy cerca y que el interesado podía ir a por su propia bebida.

–Yo no tengo por qué sudar como un pino –respondía Lolos– para que tú, so gandul, te tomes tan ricamente una limonada fresquita.

Los pinos sudan mucho y la resina se usa para aderezar el vino. El vino griego conocido como *retsina*. La *retsina* también cobra el color claro de la resina, que recuerda al pinar en una tarde cálida en la que la resina se seca en el tronco de los árboles, y las gotitas resplandecen como lágrimas en los ojos de la tierra. Y es que los árboles son los ojos de la tierra. Esa era una opinión que Lolos mantenía con la mayor convicción.

Después de otro par de horas, hasta el flemático del matarife empezó a sentirse impaciente. Sacó un cuchillo afilado y se puso a despellejar la corteza de la rama de un árbol, una morena, que al parecer era muy apropiada para las pipas.

El abogado observó cómo las manos del matarife se movían metódicamente, con seguridad, nunca se equivocaban. Se veía que eran manos con experiencia. El abogado sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. «Un día se pondrá a matar gente», pensó, o más bien lo sintió, pues parecía que aquello ya hubiera sucedido.

El sol se puso. Los jóvenes subidos al árbol se entregaban a juegos atrevidos al amparo de la noche. Se oían risitas sospechosas y los mayores, que no toleraban que nadie se divirtiera, gritaban: «Eleni, baja ahora mismo», o bien: «¿Por qué resopláis como caballos, sinvergüenzas?».

Por supuesto, los jóvenes no bajaban. El castaño había servido de escuela del erotismo para muchas generaciones de yalistas. Su denso follaje había presenciado un buen número de actividades que el pueblo entero habría dado la vida por poder ver. Gracias a la protección del árbol se habían evitado muchos escándalos.

Más allá, en lo alto del pueblo, se fueron iluminando las ventanas. El débil e imprevisible generador que proveía de electrici-

dad al pueblo era incapaz de mantener una intensidad de corriente constante. El resplandor temblaba como si no dejara de luchar contra la oscuridad. La luz se rendía durante largos ratos y el pueblo se sumía en la noche como un barco para asomar de nuevo más tarde. Y cada vez se lo veía más cerca.

La mayoría de la gente se había marchado ya. Tan solo el alcalde, el maestro y algunos niños seguían esperando. Los demás se encontraban en los cafés, enfrascados en juegos de mesa y de cartas.

Entre la población adulta había dos personas que no habían acudido a la entrada del pueblo a ver a los alemanes. El viejo Musuris, el gran terrateniente, y David Kalin, que era judío. David Kalin era uno de los pocos del lugar que sabía lo que los alemanes hacían con los judíos, aunque la gente creía que David no se había sumado solo porque era comunista. Pero David se había marchado varios días antes de que se supiera que un destacamento alemán iba a instalarse en Yalós. Sin embargo, su familia seguía allí. David se había dirigido al puerto para conseguir un barco que pudiera ponerlos a salvo a él y a su familia. El gran terrateniente Musuris directamente no salía nunca a recibir a nadie. Estaba acostumbrado a que la gente lo recibiera a él. O a que acudieran a él. Cuando se enteró de que venían los alemanes, encendió la pipa y dijo: «Aunque venga el mismísimo Hitler, yo no me muevo del sitio».

Ahora Musuris estaba en el café sentado a la mesa de siempre tomándose el *ouzo* de la tarde rodeado de sus nietos.

En el pueblo había tres cafés. Los tres se encontraban en la plaza. Lo curioso era que también se encontraban en el mismo edificio. Hubo un tiempo en que a los camareros les resultaba bastante difícil saber a qué café pertenecían los clientes.

De ahí que a menudo se produjeran malentendidos que resultaban en riñas. Unas riñas en las que también los clientes participaban con buen humor. Algunos incluso elegían adrede los lugares que podían considerarse controvertidos y la disputa entre los camareros surgía de inmediato; luego seguía la pelea,

el sacerdote los maldecía a todos y todos maldecían al sacerdote. Fueron muchas las narices que sangraron, muchos los labios que se partieron, muchas las costillas que se rompieron antes de que el alcalde diera con la solución. No era el alcalde entonces, pero por eso lo eligieron.

Dividieron la plaza en tres zonas más pequeñas que marcaron con líneas blancas, como las de tráfico. Después escribieron el nombre de cada café a lo largo de cada zona. Así los clientes sabían dónde habían ido a sentarse. Los camareros ya no se confundían. Pero las riñas no desaparecieron, faltaría más. Lo que antes era una guerra abierta se transformó en una polémica por las fronteras. Sea como fuere, algo había mejorado la cosa.

En todo caso, se había producido otro cambio. Cuando les asignaron las fronteras a los cafés, también les asignaron de una forma algo difusa distintos estatus. El café de la derecha, que daba a la iglesia, se convirtió en el café de las autoridades. Allí se sentaban Musuris, el diputado, el alcalde, el abogado, el juez de paz itinerante, el jefe de la gendarmería y sus familias y allegados.

En el centro se sentaban los campesinos terratenientes. En el café de la izquierda, donde el olor acre del matadero resultaba bastante pesado, se sentaban los campesinos sin tierras y los trabajadores. También había varias personas que circulaban libremente por los distintos cafés: el maestro, Lolos el loco y el sacerdote.

El sacerdote era un hombre cuya autoridad se había visto seriamente dañada desde que en una ocasión lo encontraron muy borracho detrás del altar, con lágrimas en los ojos y pis en los pantalones. La gente no podía seguir confiando en un sacerdote que se excedía bebiendo en privado y que bebía en exceso también en público.

Los yalitas no son muy indulgentes con la bebida. Es una vergüenza que te vean ebrio. Lo que hay que hacer es beberse el vino, dicen, no dejar que el vino te beba a ti. Hay que domi-

nar las pasiones, hay que vivir con ellas. Las pasiones no deben tomar el mando. Los griegos son el pueblo de la moderación cuando se trata de la bebida y la comida.

Los griegos aprenden incluso a estar orgullosos de su capacidad de resistir tanto la sed como el hambre. Claro que para ellos ha sido una necesidad. Muchas generaciones de griegos se han criado con aceitunas negras y arrugadas, media cebolla, un trago de vino y un poco de pan. Muchas generaciones de griegos han muerto demasiado pronto, pero orgullosos. Con las pasiones ocurría lo mismo. Los griegos tienen muchas pasiones. Deben meterlas en vereda si quieren salir sanos y salvos.

El sacerdote se había hecho sacerdote con la esperanza de recibir del cielo la fuerza que necesitaba para que su pecho alcanzara algo de paz y de tranquilidad antes de abrirse cada primavera como un abrazo gigantesco al mundo con la intención de devorarlo todo, en particular a las mujeres.

El sacerdote era un mujeriego de proporciones inauditas. Apenas acababa de ver a una mujer cuando su aturdido cerebro ya estaba elaborando el plan de conquista. Poseía también una intuición extraordinaria cuando se trataba de solucionar estos problemas. Tenía olfato para los puntos débiles de las mujeres y su reputación alcanzó tales cotas que, cuando se supo que lo iban a nombrar párroco de Yalós, los yalitas pasaron a la acción.

Le escribieron al arzobispo, pero el viejo eclesiástico sonrió satisfecho y susurró: «Por fin, un sacerdote al que acusan de putaño». A la mayoría del resto de sacerdotes los habían acusado alguna vez de maricas. El arzobispo lo nombró párroco.

Además, el sacerdote hizo una entrada magnífica en el cargo. En su primer sermón habló largo y tendido sobre putas y cosas parecidas. Al final dijo: «Ha llegado a mis oídos por mediación de Dios (eufemismo para aludir a los chismorreos) que mi congregación me considera una persona que ha fornicado con muchas hijas y madres. No me considero un ángel y prueba de ello es que me encuentro entre vosotros. Tampoco consi-

dero que sea lujurioso y prueba de ello es que ahora soy el párroco. (De repente se encolerizó.) En resumidas cuentas, puedo pensar lo que quiera de mí mismo. Pero debéis elegir: o creéis que soy un párroco digno o creéis que soy un lujurioso y que a todos vosotros os han salido cuernos en todos los sitios donde pueden salir. Pensad lo que queráis. Vosotros elegís».

Los yalitas decidieron creer que era un párroco digno. Pero a espaldas del sacerdote y ante los ojos de Dios creían que era un lujurioso. Lo cual no era cierto. Puesto que el sacerdote había logrado superar sus inmensos deseos. Los ahogó todos en cantidades ingentes de vino tinto y después se casó.

Por las noches, cuando llegaba a casa borracho y cansado, entraba en el dormitorio. Se sentaba junto a su mujer ya dormida, la contemplaba con los ojos enrojecidos y se pasaba horas susurrando: «Mi salvación, mi querida salvación». Muchas veces se quedaba dormido allí en la silla y su pobre mujer, que era muy joven, no sabía cómo conseguir que se metiera en la cama. Además, existía el riesgo de que se despertara y entonces inevitablemente quisiera acostarse con ella. Pero aún era incapaz de acostumbrarse a acostarse con el sacerdote. Para ella seguía siendo un sacerdote, un hombre de Dios. Además, le resultaba un tanto molesto por la costumbre que tenía de gritar y gemir muy alto, lo que conllevaba que todo el pueblo supiera a qué se estaban dedicando el sacerdote y su mujer. Lo podía ver en las caras de la gente cuando salía a comprar o a visitar a su madre.

La mujer del sacerdote le había pedido a su marido que tuviera más cuidado, pero él no podía, a pesar de que prometió copular en silencio. «Amar sin voz», decía, «es como comer sin lengua. No sabe a nada.» Pero aunque supusiera ciertos inconvenientes sociales para la mujer, ella tampoco podía renunciar al cuerpo del sacerdote. Sobre todo, después del coito. Era cuando oleadas de blancas palomas de libertad invadían el pecho del sacerdote. Se le llenaban los ojos de lágrimas, descansaba la pesaba cabeza en el pecho joven de su mujer, la barba se le humedecía de sudor y lágrimas, húmeda como las algas, y

ella se sentía como una playa a la que vienen los hombres y vienen las aves y las olas y todo y todos se serenaban y todo y todos se dormían y ella se dormía entre todos.

No es tan difícil ser objeto de un gran amor. Es más difícil aceptarlo. A la delicada joven le asustaba el amor del sacerdote, nunca llegó a entender cómo podía quererla tan profundamente, pero podía aceptarlo. Era como una playa. No una playa rocosa de piedras donde rompen las olas. Sino una playa suave, donde las olas llegan como olas y mueren como pacíficas estrías de agua.

El sacerdote podía cruzar los límites entre los tres cafés sin causar revuelo. Pero al viejo Musuris o al alcalde nunca se les pasaría por la cabeza mover el trasero para desplazarse al lado izquierdo. Tampoco nadie lo esperaba.

De modo que allí se sentaba la población masculina cada tarde, cada uno en su sitio, cada uno consciente de cuál era su sitio. Allí estaban sentados hoy también después de haber esperado en vano a los alemanes. El aire de la noche estaba cargado de decepción y, a pesar de que todos fingían que las cosas seguían igual, nada seguía igual. Los alemanes habían tomado posesión del pueblo antes de haber llegado siquiera. Pero llegarían.

En el pueblo no había muchas diversiones. De cuando en cuando aparecía un cine itinerante, pero muy rara vez. El acontecimiento más importante era el autobús que llegaba cada tarde de la capital de la provincia. Los pueblos de la costa esperan el barco. Los pueblos de interior esperan el autobús. Esta diferencia, que a primera vista parece trivial, no lo es en modo alguno. Un barco que atraca en un muelle es una cosa muy distinta de un autobús que simplemente aparca. El barco tarda su tiempo en atracar. Los pasajeros tienen la oportunidad de echar un vistazo a la gente que espera en el puerto. Los primeros saludos se intercambian ya a distancia. La espera es completamente diferente a la espera que suscita el autobús. Un griego que siempre ha esperado el barco es una persona completamente diferente de un griego que ha esperado el autobús. También por eso las cancio-

nes sobre la nostalgia las escribe a menudo gente que está en la mar o gente que ha abandonado su lugar de nacimiento haciéndose a la mar. Los marineros se marchan del puerto despacio, ven su pueblo o su ciudad íntegramente, la imagen se queda grabada en la retina. Los demás se limitan a doblar la esquina y de repente todo ha desaparecido. Salir de un puerto es una aventura. Salir de una plaza es triste, sin más.

El autobús llegaba siempre a las cinco y a las cuatro ya había gente en la plaza. Hacían como que jugaban a las cartas o bebían *ouzo*, pero en realidad estaban esperando. Hasta que no llegaba el autobús no podía empezar la auténtica velada en los cafés.

Aquellos a los que iba a ver alguna visita estaban un poco más orgullosos de lo habitual. Se sentaban con la visita, la gente pasaba a saludarlos, eran el centro de atención y, aunque solo durara una tarde, se trataba de un gran acontecimiento en sus vidas. Es un honor tener visita. Hablan de uno, el pueblo siente curiosidad por saber quién ha venido. Puedes pasearte por ahí sistemáticamente sin rumbo fijo y hablar de tus visitantes, que o son personas extraordinarias o llegarán a serlo. Los licenciados llegarán a ser catedráticos, los cadetes, oficiales ayudantes del rey y un simple dependiente en Atenas, un empujante empresario.

Es un día importante también para la visita. Recibe la confirmación renovada de su excepcional importancia. Si llega al pueblo midiendo ciento sesenta y cinco centímetros de estatura, puede marcharse midiendo al menos ciento setenta y cinco. Dicen que las mujeres mienten sobre la edad que tienen. Puede que sea cierto. Pero lo que siempre es cierto es que en Yalós la gente miente sobre su estatura. No hay yalita que no sea más alto de lo que es en realidad.

Si un yalita viaja al extranjero, suele encontrarse entre los más bajos que se muestran por ahí voluntariamente. Entonces se consuela diciendo que es alto para ser yalita. Un verdadero yalita no se compara más que con otros yalitas.

El sacerdote era lo bastante alto como para imponerse tanto en casa como en el extranjero. Pero no había viajado nunca al extranjero. Soñaba con poder viajar y fue uno de los pocos que le pidió al maestro que le hablara de todos los países que sus ojos cansados contemplaron un día. Esto no le impedía al sacerdote detestar al maestro. Creía que el maestro debería ser sacerdote y que él debería ser maestro. «El desgraciado este ha nacido para sacerdote», solía decirle al salmista derecho, que era su confidente.

En la iglesia griega hay dos salmistas. El derecho y el izquierdo. La congregación rara vez participa en el canto. Solo durante la misa de Pascua. Para ser salmista había que empezar de monaguillo, obedeciendo en todo al sacerdote, ayudando a su mujer con la compra y la limpieza y, además, había que saber leer. Al menos estos eran los requisitos para ser el salmista derecho, que es un poco más distinguido que el izquierdo.

El salmista derecho del pueblo había recorrido ese largo camino y cuando subió a su podio olvidó todas las humillaciones, todo lo que había tenido que soportar. Podía inspeccionar a la congregación con aquellos ojillos ahogados en bolsas de grasa. En el pueblo había mucha gente que quería esconder los ojos. El salmista derecho no tenía buena voz, pero por fin había dado con el tono correcto, cosa muy complicada, y muchos niños de los pueblos cercanos acudían para aprender con él.

El salmista izquierdo, sin embargo, era un individuo que solo tenía una cosa en la vida: una voz de una belleza asombrosa. Y él lo sabía, era lo único que le interesaba saber. Era imposible encontrar a alguien más indiferente que él ni aun haciendo una batida de búsqueda por toda Grecia. Pertenece a esa categoría de personas relativamente poco común capaces de desgastar unos pantalones en una semana de tanto estar sentado. Solo en la iglesia se lo veía de pie.

Los yalitas llevaban mucho tiempo esperando el día en el que el salmista izquierdo se cayera completamente rendido de sueño. Pero ahí se equivocaban. Puesto que él disfrutaba can-

tando. Podía ver en los rostros de las mujeres que su voz les partía el corazón y se permitía el lujo de poner celosos a los yalitas. Muchos de ellos no habrían pisado la iglesia si no fuera por el miedo a que el salmista sedujera a sus mujeres. Donde se arrodillan las mujeres se acuestan los hombres.

Él lo sabía y las miraba como si lo supiera y, como no podía ser de otra forma, los yalitas iniciaron contra él una campaña que consistía en decir que era un maltratador y un celoso como Otelo. Pero la campaña perdió fuerza. Nada podía deteriorar el muro de autosuficiencia que el salmista había erigido con ayuda de sus altos tonos.

El sacerdote detestaba a su salmista izquierdo, pero por las tardes en el café se sentaban juntos para que nadie pudiera decir que la iglesia de Yalós estaba dividida. Incluso el campanero se podía sentar con ellos si quería.

Pero el campanero no había acudido al café esa tarde. Se encontraba en lo alto del campanario de la iglesia y oteaba en la noche buscando a los alemanes. Abajo en el valle aún podía divisar el Castaño del Ahorcado y unas sombras que iban y venían. Y de repente, casi a medianoche, cuando la mayoría había vuelto a casa a dormir, vio varios faros que se acercaban a Yalós a toda velocidad. Las sombras que tanto tiempo llevaban esperando lograron apartarse y esquivar los coches alemanes en el último momento. El alcalde casi se enfadó. «Esos miserables no saben conducir», gritó. «O están muertos de miedo.» Pero no era eso. Su jefe, el capitán Wilhelm Schneider, tenía sus principios. Uno de ellos era: «Uno nunca debe llegar a un lugar. Lo que debe hacer es estar allí».

A la mañana siguiente los alemanes estaban en el pueblo. Iban a estar allí cuatro años.